

---

## CAPITULO CUARTO

### LOS NIÑOS GIGANTES

#### I

Por algún tiempo tenían que dar señales de vida, con sus naturales consecuencias, los residuos que quedaron del foco en aquella famosa granja experimental que pereció á manos del ingeniero. La gran fuerza de la heracleofobia se manifestó en las matas, setas y hongos de los alrededores de la quinta; pero hemos de consignar, como leales narradores, que las dos gallinas que escaparon de la mantanza de Hickleybrow, quedaron solteronas por toda su vida, causando la admiración de todo el que las veía y viviendo en medio de una celebridad infecunda. A los lectores, que sin duda

están ansiosos de conocer detalles acerca de este asunto, les recomendamos con interés las colecciones de los periódicos de aquel tiempo, y muy especialmente del *Recording Angel*. Nosotros debemos atender exclusivamente al sabio Bensington, que fué la causa y el centro de todo aquel desbarajuste.

Nuestro sabio había vuelto á Londres para encontrarse hecho un hombre entero y ruidosamente célebre. Todo el mundo había modificado en una noche sus ideas respecto á él: la prima Juana lo sabía todo; el público lo sabía también todo; los periódicos lo sabían todo, y algo más.

Claro es que la primera entrevista con la prima Juana parece que debería ser terrible; pero no lo fué tanto como lo parecía. La buena mujer, tuvo al fin que deponer su intransigencia ante los hechos, y hubo de aceptar el alimento de los dioses como algo natural é incontestable. Sin abandonar su acostumbrada insolencia, vistió sus modales con cierta corrección y sirvió en lo sucesivo á Bensington por deber: desaprobaba como siempre, pero ya no prohibía. La fuga de Bensington — como ella la llamaba — la había conmovido mucho; de tal modo, que se empeñó en curar á Bensington de un catarro que el sabio no tenía, y de una fatiga que ya había olvidado aquél hacía mucho tiempo. Con tal motivo, la prima Juana le compró un traje interior de lana, muy higiénico,

un traje especial, de nueva especie, que en parte podía volverse del revés y en parte no; por lo cual, para un hombre distraído era tan difícil entrar en aquella ropa como entrar en sociedad. Pero Bensington, con su nueva é inesperada libertad de acción, siguió desarrollando su poderoso elemento de la historia humana, el alimento de los dioses.

El espíritu público, con su clásico instinto de selección, le había señalado como único responsable, motor y promovedor de la nueva maravilla. Las gentes no quisieron saber nada de Redwood, y dejaron que Cossar continuara su natural impulso hacia la obscuridad.

Antes de que Bensington pudiera pecatarse de todas estas cosas, el público ya le había analizado y disecado mil veces: su calva, su color casi rojo y sus gafas de oro, habían llegado á ser del demonio de la nación. Jóvenes resueltos, provistos de hermosas máquinas fotográficas, invadían la tranquila morada del sabio, de vez en cuando, dejando las habitaciones llenas de humo denso é irrespirable, y corriendo luego á llenar los estantes de los almacenes y las columnas de los diarios con fotografías de Bensington de cuerpo entero, de Bensington con su americana número 2 y de Bensington con sus famosos zapatos acuchillados.

Otras personas de diferentes sexos y edades, entraban resueltamente á referirle cosas extrañas del maravilloso *boomfood* (así fué como le llamó

á la heracleofobia el *Punch* y así continuaron llamándola los demás periódicos), y luego salían á contar sus propias figuraciones como si fueran advertencias y dichos de Bensington.

El asunto se convirtió en una verdadera obsesión para el popular humorista Broadbeam. Este veía en la cosa algo maldito, que no podía comprender, y pretendía ingeniándose en hallar su lado ridículo, dar, un golpe mortal al descubrimiento haciendo que prorrumpiera en risa el respetable público. Andaba por los clubs mostrando su abrutada corpulencia y diciendo al primero que podía coger por las solapas de la levita:

—¿Sabe usted?... Estos hombres de ciencia no tienen chispa de gracia... ¡Es indudable que la ciencia matará el buen humor!

Los chistes que se le ocurrieron á Broadbeam á costa de Bensington llegaron á ser sangrientos.

Una agencia periodística envió al sabio un largo artículo de un semanario, cuyo artículo se titulaba *Un nuevo terror*, y junto con él una carta en que se le ofrecía un centenar de ejemplares por cinco duros. Bensington recibió hasta la visita de dos encantadoras jóvenes, las cuales, después de tomar té en su compañía, con indecible indignación de la prima Juana, le enviaron sus álbums para que los firmara. El gran químico, no tardó en acostumbrarse á ver escrito su nombre en todas partes y discutido el *boomfood* del modo

más absurdo, y tuvo que resignarse á leer multitud de artículos, cuyos autores, completamente desconocidos para él, suponían ser de la intimidad del sabio, quien tuvo que sepultar en su pecho las ilusiones que había concebido respecto á la fama, en lo que esta tenía de agradable, ilusiones que había acariciado en su época de obscuridad. En el espíritu público no asomó, en los comienzos, ni el menor síntoma de hostilidad, excepción hecha del humorista Broadbeam. Hasta pareció chistoso que se pudiera escapar otro poco de heracleofobia, pero á nadie se le había ocurrido que aquel grupo de *bebés* desarrollados que empezaba á manifestarse, creciera del modo que debía esperarse del alimento de los dioses.

Lo que más divertía al público después de una discusión ó de un artículo tratando del *boomfood*, era una serie de caricaturas políticas, y, puesto que el alimento tenía tanta fuerza, todos hubieran querido ver nutrir con el *boomfood* el tesoro nacional y algunas exposiciones, á la manera que se habían nutrido las avispas muertas y las gallinas supervivientes; todo lo demás le tenía sin cuidado al público: para que le interesara, era necesario hacerle fijar la atención en las remotas consecuencias del hecho, y aun así, su entusiasmo no pasaba de cierto punto. El público, como todo el mundo sabe, es un glotón de novedades, pero es voluble y se cansa pronto de lo nuevo, va en

busca de lo novísimo y desea nuevas cosas en que saciar su insaciable curiosidad.

Entre el público había, sin embargo, dos personas que veían más lejos que los demás y que se asustaban de las consecuencias que pudieran derivarse de aquella revolución. Una de aquellas personas era el joven Calerham, primo del conde de Pewterstone y uno de los políticos de más porvenir, quien á riesgo de pasar por cándido publicó en el *Ninetecuth Century and After* un artículo extenso, en el cual proponía la total supresión del *boomfood*. La otra persona era Bensington, que á veces le decía á Cossar:

—Parece que aun no se han dado cuenta exacta...

—No, no se la dan — contestaba maquinalmente el ingeniero.

—¿Acaso nos la damos nosotros? ¡Cuando pienso en lo que esto significa!... Ese chiquitín de Redwood y los tres de usted... ¡Vamos, es cosa terrible pensar que lleguen á crecer hasta tener cuarenta pies de estatura! ¿Cree usted que debemos seguir adelante?

—Sí, adelante, hasta el fin — gritó Cossar como no lo había hecho nunca. — ¿Pues qué? ¿Acaso hemos venido al mundo para ser holgazanes? ¡Adelante! Los resultados son serios, enormes é indiscutibles. ¡Querer destruir el gran éxito de la vida de usted! ¡Eso sería perverso, sería inícuo!

Bensington seguía trabajando en su laboratorio, menos por propia voluntad que por excitación ajena. Era de carácter pacífico. Verdad que se trataba de un descubrimiento maravilloso, pero...

Bensington había adquirido varias pequeñas posesiones cerca de Hickleybrow á razón de noventa libras esterlinas la hectárea, y esta era la única ventaja seria que había deducido de sus especulaciones químicas: por lo demás se había hecho famoso, muy famoso, y el serlo significa algo que está muy por encima de muchas satisfacciones.

La costumbre de la investigación había arraigado en él con fuerza, y eran muy raros los instantes en que otra cosa que dicha costumbre lo impulsara al trabajo. Aquel hombre, de corta estatura, con sus gafas montadas en oro y sus rotos zapatos de paño, sentado en su sillón y colocando las pesas con lentitud en los platillos de una balanza, sentía á veces en su cerebro el centelleo de sus visiones de adolescente; veía con fugaz claridad resurgir la semilla depositada en su mente en aquellos lejanos tiempos, y veía también, como si fuera en el cielo y á través de las grotescas figuras del tiempo presente, un mundo futuro de gigantes, con todas las cosas gigantes que el porvenir guardaba escondidas, pero vagas y espléndidas como esos magníficos palacios que se columbran á lo lejos bañados por un brillante rayo

de sol. Y se figuraban entonces que aquel lejano y brillante resplandor no había brillado nunca en su cerebro, porque solamente veía cernerse sobre su cuerpo sombras siniestras y pavorosa oscuridad, inhospitalarias inmensidades y objetos fríos, terriblemente salvajes.

## II

Entre tan complejas y tan confusas ocurrencias como envolvieron la vida del sabio, sobresalió una figura notable que llegó á ser algo así como el movimiento director de todas esas exterioridades á los ojos de Bensington: aquella figura fué el doctor Winkles, aquel que sirvió á Redwood de instrumento para propinar á su hijo el celebrado alimento de los dioses.

Era evidente que, mucho antes de estallar la revolución heracleoforbiana, Winkles había sentido ya un grandísimo interés por los polvos que Redwood le diera, y cuando las fenomenales avispas empezaron á llamar la atención y á producir el terror público, el joven doctor comprendió la realidad, pues era hombre cuyos méritos y brillante porvenir se reflejaban en su aspecto, en sus costumbres y en la moral de sus actos. Winkles era alto, rubio y de ojos claros y penetrantes; tenía las facciones regulares y musculosas, llevaba la cara afeitada, andaba derecho como un huso, y

evidenciaba en sus actos una energía nada vulgar. Usaba larga levita, corbata negra y gruesa cadena de oro, las cuales, con el sombrero de seda, le daban aspecto de verdadero sabio, de sabio más profundo que los demás sabios de la humanidad. Después del formidable estallido que produjo el alimento de los dioses, tomó Winkles tal aire protector para con Bensington y Redwood, que hasta el insigne inventor de la heracleofobia creyó que el verdadero autor de la revolución científica había sido Winkles.

Cuando Bensington indicó algo acerca de los peligros del descubrimiento, Winkles dijo:

—Estas cosas no son más que meros accidentes... El descubrimiento lo es todo: convenientemente desarrollado, bien manejado y vigilado, el descubrimiento de *nuestra* comida es indudablemente portentoso. Hay que concretar la atención en él, sin distraerla para nada ni descansar un momento.

Winkles no creía que nadie debiera descansar: se pasaba el día en casa de Bensington, quien, desde su ventana, veía llegar el carruaje de Winkles á lo largo de Sloane Street: pocos segundos después el singular doctor entraba en el cuarto con un rollo de papelotes, noticias, informes y curiosidades.

—Bien, muy bien — decía. — ¿Cómo va eso? ¿Adelantamos mucho?

Y luego se metía de lleno en la comidilla eterna:

—Ya ve usted, amigo Bensington... Caterham ha dado una conferencia sobre la heracleofobia en la Asociación Religiosa.

—¡Cielo santo! — exclamaba Bensington. — Pero ese caballero es primo de un ministro, ¿no es verdad?

—Sí, sí, así es. Caterham es un joven inteligentísimo... Algo reaccionario, ¿entiende usted? bastante reaccionario... Pero, en fin, eso no obsta para que sea inteligentísimo... Está absolutamente dispuesto á sacar partido de *nuestro* descubrimiento, y habla de *nuestro* propósito de usarlo en las escuelas elementales...

—¿*Nuestro* propósito de usarlo en las escuelas elementales?—preguntó con asombro Bensington.

—Sí... Dije algo de esto el otro día en la Politécnica, así, como de paso... Traté de hacerles ver claramente que la cosa era muy buena, á pesar de los primeros accidentes, que no es posible que se reproduzcan... Ya sabe usted que esto sería un gran paso... Pues bien, Caterham parece haber recogido lo que yo dije...

—Pero... ¿qué es lo que usted dijo? — preguntó Bensington.

—Nada de particular... y, sin embargo, ya ve usted cómo lo toman en serio. El dijo que ya se ha gastado bastante dinero en escuelas, y sacó á

relucir historias antiguas sobre ciertas lecciones de piano... Dijo, además, que está bien que se dé á los niños una educación adecuada á sus condiciones; pero que eso de nutrirlos con un alimento como la heracleoforbia sería hacerles perder por completo el sentido de las proporciones. Y luego preguntó qué ventaja puede traer el hecho de que los pobres crezcan hasta treinta y seis pies de altura... ¡Esto quiere decir que él sabe ya, perfectamente, que los muchachos llegarían á tener treinta y seis pies de estatura!

—Y los tendrán — dijo gravemente Bensington, el cual añadió:

—Pero ¿nadie dijo nada?

—Sí, yo dije algo...

—¿Usted?...

—Sí... yo dije que aún serían más altos... Pero él me interrumpió preguntando si el ser más grandes los haría mejores y más felices... El punto es interesante, ¿no es verdad? Preguntó que si en estas condiciones serían también más respetuosos hacia el principio de autoridad. ¡Es curioso que tanto se preocupen ciertas personas de la justicia en el porvenir! Añadió que costando hoy tanto de mantener á una criatura ¿qué sería si ésta aumentaba tanto de volumen? ¿Qué le parece á usted? De una sencilla observación mía hace Caterham un capítulo serio y llega hasta calcular que un par de pantalones para un muchacho de

veinte pies de estatura costarían diez libras. ¡Es muy especial ese Caterham! Dice que el contribuyente tendría que tributar en proporción... que todo padre tendría derecho á que le criaran sus hijos; que el coste del material de las escuelas tendría que estar en relación con el tamaño de las cosas como éste con la estatura de los muchachos, etc., etc.; y todo, ¿para qué? ¡para formar un proletariado de gigantes, y de gigantes hambrientos! Caterham acabó diciendo que, aunque no se realizara el hecho, no cambiaría el aspecto de la cuestión, y que el alimento es nocivo y perverso, porque, si una vez se ha desparramado y ha producido las consecuencias que todos sabemos, lo mismo puede ocurrir en lo sucesivo, dando origen á males sin cuento.

—En eso tiene razón, por desgracia — dijo Bensington interrumpiendo á Winkles: éste continuó:

—Por último: Caterham propone la formación de una sociedad cuyo fin sea la conservación de las proporciones naturales de las personas y de las cosas.

—¿Y qué se propone con ello? — preguntó Bensington.

—Promover algún escándalo con dicha sociedad, según creo yo. Quieren hacer ver que la heracleoforbia es una fabricación ilegal, ó, por lo menos, que es ilegal su fabricación. Yo he evita-

do algo encaminado á demostrar que las ideas de Caterham son exageradas, pero crea usted que poco ó nada le habrá perjudicado mi oposición: si- gue sumando prosélitos de una manera pasmosa, y figuran entre éstos la «National Temperance Association» que ha ordenado á sus individuos la sobriedad en el crecimiento.

—¡Hum! — exclamó Bensington frotándose la nariz, — me parece natural esa revolución después de lo que ha ocurrido, porque el hecho, no ha dejado de ser aterrador.

Winkles paseó un rato por la estancia en ademán pensativo, y luego se marchó: era evidente que le bullía algo en el cerebro que se proponía madurar y exponer.

Otro día en que se hallaban reunidos Bensington, Redwood y Winkles, les dejó ver un chispazo de lo que pasaba en su interior.

—¿Cómo va eso? — preguntó al entrar. — ¿Qué hay de nuevo?

—Estamos extendiendo una especie de informe para la Academia.

—¡Ah, ya! pero ¿es que deben ustedes?...

—¿Qué es lo que cree usted que debemos?

—Decía si ustedes creen que deben hacer público eso.

—Naturalmente: no vivimos en los tiempos medievales.

—Es verdad; pero...

—Opino en esto como Cossar, que tiene ideas matematicamente excelentes acerca del verdadero método científico.

—Sí, en la generalidad de los casos tiene razón Cossar; pero este caso es muy excepcional.

—A pesar de serlo — dijo Bensington, — estamos decididos á exponer ante la Academia todo el asunto, de la manera más exacta y apropiada.

En otra ocasión insistió Winkles diciendo:

—Considere usted, amigo Bensington, que la heracleoforbia es un descubrimiento excepcional desde muchos puntos de vista.

—No importa — le replicó Redwood.

—Y que esa clase de conocimientos puede acarrear graves abusos y hondas perturbaciones, como dice Caterham.

Redwood guardó silencio.

—Además, pueden ocurrir descuidos lamentables — siguió diciendo Winkles. — Si nombráramos una comisión, formada por hombres de confianza, que inspeccionara la fabricación del *boom-food* ó de la heracleoforbia, como debemos denominar al alimento, podríamos...

El doctor se detuvo, y Redwood, que estaba muy contrariado, hizo como que no había comprendido el alcance de aquellas palabras.

Fuera de las caras de Redwood y de Bensington, pasaba Winkles por autoridad en lo referente al alimento de los dioses, por más que sus co-



nocimientos en la materia fuesen bastante incompletos. Escribía cartas acerca de la heracleoforbia, redactaba artículos y sueltos defendiéndola, y asaltaba muy á menudo las sociedades científicas con objeto de perorar sobre la famosa substancia, llegando á encontrarse, á los ojos del público, identificado con ella: hasta llegó á publicar un folleto titulado *La verdad sobre el boomfood*, en el cual trató de atenuar lo ocurrido en Hickleybrow hasta reducirlo á la nada. Afirmó que era un absurdo creer que el alimento de los dioses hiciera crecer al hombre hasta treinta y seis pies de altura: aquello era una exageración evidente; el *boomfood* los haría un poco mayores, pero nada más.

Era indiscutible que Winkles se afanaba por ayudar al sabio en la preparación de la substancia, y aun por corregir, si era posible, la fórmula hallada por el insigne químico; quería tomar parte en todo lo que se relacionaba con la heracleoforbia, y decía continuamente que el descubrimiento era maravilloso y constituiría la gloria del inventor si éste hallaba apoyo de alguna manera. Por fin, un día abordó Winkles resueltamente la cuestión y preguntó á Bensington cómo preparaba la heracleoforbia.

—He pensado — le contestó Redwood — en todo cuanto usted me dijo...

—¿Y qué? — preguntó Winkles.

—Que creo, efectivamente, que divulgar su

conocimiento puede dar origen á abusos... Usted mismo lo dijo...

—¿Va usted á explicarme á mí mismo lo que hablamos?

—Naturalmente... ¿Por qué no?

Winkles estuvo todo aquel día reflexionando, y cuando volvió á ver á su maestro le dijo:

—He pensado, mi respetable amigo, en que estoy administrando á su hijo de usted unos polvos cuya composición y naturaleza desconozco... Y que eso puede acarrearle alguna grave responsabilidad...

Redwood se quedó pensativo, y Winkles añadió, cambiando de conversación:

—Ya sabe usted que á la sociedad formada contra el *boomfood* pertenecen millares de individuos. Caterham la representa, como el más elocuente, y han formado comisiones de propaganda y de resistencia... es decir, que lo han tomado en serio, y hasta pretenden que se prohíba legalmente la preparación de la heracleoforbia sin licencia especial, y que se castigue á quien la administre á quienes no cuentan más de veintiún años de edad. La sociedad constituida para la conservación de la estatura normal del hombre tendrá de representante en el Consejo á Mr. Harrison, que ha escrito, como usted sabe, un ensayo sobre el *boomfood*, llamándolo vulgar é inarmónico, con aquella «Revelación de Humanidad» que hallamos en

las doctrinas de Comte, lo cual demuestra lo perverso que es... Dice que no hay nadie que comprenda á Comte...

—¿Pero usted no piensa decir?... — interrumpió alarmado Redwood.

—Es indudable que no harán nada, pero la opinión pública será siempre opinión pública, y los votos serán siempre votos... Todo el mundo ve que se hallan ustedes ocupados en algo que revolucionaria y perturba, y es cosa sabida que el instinto humano se opone á cuanto significa una perturbación. Sin embargo la idea de Caterham de que los hombres lleguen á tener treinta y seis pies de estatura no es muy aceptada: las gentes se resisten á creer que un individuo no pueda entrar fácilmente en una iglesia, en una sociedad, en un teatro, en cualquier institución ó lugar formado para reunir á los hombres... Pero esto no evita el hecho de que estén intranquilos y temerosos, porque, después de todo, ven algo más que un descubrimiento ordinario.

—Lo mismo ocurre — dijo Redwood — en todos los descubrimientos y en todas las invenciones.

—Sí, pero aquí se trata de una obstinación muy digna de notarse... Caterham sigue marchando sobre el tema de que pueda haber otro descuido como el de la granja. Yo digo que no, y que no... Pero, ¡vaya usted á saber!...

Winkles se puso á dar vueltas por el cuarto

pensando en si daría suelta á su secreto; pero debió de pensarlo mejor, pues á los pocos segundos salió de la habitación y de la casa de Bensington.

Este y Redwood se quedaron mirándose silenciosamente. Luego, dijo Redwood con voz nerviosa:

—Pues bien, pongámonos en lo peor. Y ya puestos en lo peor, le aseguro á usted que le doy la heracleofobia á mi chico con mis propias manos.

## III

A los pocos días leyó Redwood en un periódico, que el ministro del ramo había ofrecido nombrar una comisión que estudiara el asunto del *boomfood*. Redwood se dirigió á casa de Bensington con el periódico en la mano.

—Yo creo — dijo en cuanto hubo entrado — que Winkles nos está perjudicando en esta cuestión. Es indudable que le está haciendo el juego á Caterham, pues no deja de hablar por todas partes, y si sigue de ese modo, va á concluir por perjudicar mucho nuestras investigaciones. Harto preocupado me tiene mi hijo para que ahora...

Bensington manifestó, de igual modo, que no estaba conforme con la campaña que había emprendido Winkles.

—¿Se ha fijado usted en el empeño que tiene en denominar *bomfood* á la *hēracleoforbía*? — dijo Redwood.

—Sí que me he fijado en ello, y maldita la gracia que me hace ese nombre.

—Pero ese nombre demuestra lo que significa el asunto para Winkles.

—¿Por qué se ocupará tanto en estas cosas, en las que, después de todo, nada tiene que ver?

—Sí, pero á él le gusta el bulle bulle y el hablar sin tón ni són. Nada tendrá que ver con nuestras cosas, pero todo el mundo acabará por creer que son obra suya, y eso es lo que él persigue.

—Pero si esta agitación tomara carácter serio...

—Mi hijo seguirá tomando el alimento, y aun en el peor de los casos...

Redwood fué interrumpido por la entrada en la habitación de alguien que llegó dando saltos: era Winkles que entró frotándose las manos.

—Doctor — le dijo Bensington, — le agradecería á usted que no entrase en mi cuarto, sin previo anuncio.

Winkles se excusó cortésmente, y luego, volviéndose hacia Redwood, le dijo:

—Celebro encontrar á usted aquí.

—¡Ah! — exclamó Redwood, — ¿conoce usted ya lo de la comisión que va á designar el gobierno?

—Sí, lo conozco.

—¿Qué le parece á usted?

—Una idea excelente: eso calmará la excitación pública, hará luz en el asunto y le cerrará la boca á Caterham; por eso he venido. El hecho es que...

—Que á mí me desagrada mucho eso del nombramiento de la comisión — dijo Bensington interrumpiéndole.

—Sin embargo — objetó Winkles, — no cabe duda de que ha de ser provechoso, se lo aseguro á usted. Creo que no habré cometido ningún abuso de confianza, pero yo...

Redwood hizo un gesto bastante significativo.

—Pero yo puedo dar luz en el asunto y facilitar la cuestión... Se puede declarar que el alimento es analizable, y, más que nada, que no volverá á ocurrir con él otra catástrofe parecida á la de Hicklebrow, que es precisamente lo que se necesita; darle al gobierno seguridades. Ahora bien: yo pudiera hablar con más confianza y con más seguridad, si supiera... pero justamente me ocurre en este momento algo que necesito consultar con ustedes. Me encuentro ante una seria dificultad, y ustedes pueden sacarme de ella.

Redwood se sonreía con íntima satisfacción.

—La cosa es enteramente confidencial.

—Siga usted y no se preocupe de ello — dijo Redwood.

—Me han encargado hace poco de un niño, del hijo de un elevado personaje.

—Veo que prospera usted — dijo Redwood.

—Pues todo mi éxito lo debo á su hijo de usted, amigo Redwood. Sin embargo, no puedo ocultar la antipatía que le tengo al uso de esos polvos, lo cual no obsta que personas de gran inteligencia deseen... Pero hay que ir con mucho tino, ya lo sabe usted, y en el caso de Su Alteza, es decir, de este nuevo cliente mío... La iniciativa ha partido del padre: yo no me hubiera atrevido nunca.

Redwood creyó notar que el doctor no se atrevía á expresarse con claridad, y le dijo:

—Yo estaba en la creencia de que usted abrigaba dudas respecto á si convenía ó no administrar esos polvos.

—Sí, pero dudas pasajeras.

—¿Entonces no renunciará usted á dárselo?...

—¿A su hijo de usted?... no, de ningún modo.

—Es que, en mi concepto, sería un crimen dejárselos de dar.

—Crimen que no cometeré por nada del mundo.

—En ese caso, tendrá usted los polvos.

—Quizá fuera mejor que me diese usted la...

—No, pierda usted cuidado, no hay fórmula: yo mismo le confeccionaré á usted los polvos.

—Me es igual — replicó Winkles — dirigiendo á Redwood una mirada de ira. — Me es igual, y hasta es posible que sea mejor... Puedo asegurarle á usted, que no me importa lo más mínimo no conocer esa fórmula.

## IV

Cuando se marchó Winkles, Bensington se acercó á la chimenea, miró fijamente á Redwood y le dijo:

--¡ Su Alteza Serenísima!...

--¡ Su Serenísima Alteza! — repitió Redwood.

--Sí; es la princesa de Weser Dreiburg.

--¡ Nada menos que una prima de tercer grado, de...!

--Escuche usted, amigo Redwood... Es algo curioso lo que voy á decir, pero escúcheme. . . ¿ Cree usted que Winkles se da perfecta cuenta?...

--¿ De qué?

—De lo que hemos hecho.

Y Bensington añadió, bajando la voz:

—El comprende que esa familia, la familia de su nuevo cliente...

—Adelante — dijo Redwood.

—Ha estado siempre bajo... bajo...

—¿Bajo el término medio?

—Sí, eso es... Y que ha sido poco distinguida en todos sus aspectos... Y ese hombre va á producir ahora un personaje real, verdaderamente real, de gran tamaño... ¡De tamaño extraordinario! ¿No entrañará eso una traición al pueblo?

Bensington miró á su amigo, el cual describió un rápido signo con el índice y exclamó:

—¡Pero si ese hombre no sabe!... ¡Si ese hombre no sabe nada!... ¡Lo que se dice nada! Su vida de estudiante fué lo mismo: mucho acumular y almacenar en la memoria; pero, por lo demás... ¡nada! ¡Cuando digo que nada! Es Winkles y nada más, y no sabrá nunca nada que no esté relacionado con lo superficial de la existencia. Carece por completo de imaginación, y, por lo tanto, es incapaz para tener sabiduría... Nadie podría pasar por tantos exámenes, ni ir vestido como él va, ni obtener tanto éxito como médico, sin esa reconocida incapacidad... Ahí lo tiene usted sin haber adquirido la más remota idea de lo que se trata, á pesar de todo cuanto ha visto y oído... El ha conseguido un *bombo*, y esto es lo que se había

propuesto, y por eso ha logrado lo de la princesita... que para él es la mayor cantidad de *bombo* posible. El hecho de que Weser Dreiburg haya de tener una princesa de treinta y seis pies de estatura, que es un problema gigantesco, ni siquiera le ha entrado á Winkles en la cabeza... ¡Ni podía entrarle; eso es más claro que la luz del día!

—Eso va á originar en el país una revolución...

—¡Ya lo creo! Dentro de un año próximamente...

11

—En cuanto la gente se entere de que la princesita crece, y crece...

—Se empleará el sistema de ocultación, como siempre...

—Quizá... ¡pero es mucho para tenerlo oculto!

—Bastante...

—Estoy pensando en lo que se les ocurrirá hacer cuando llegue el caso.

—Nada, absolutamente nada...

—Pero se verán obligados á tomar alguna resolución...

—Puede ser que ella misma la tome.

—¡Ah!

—Tal vez la supriman... ¡no sería la primera vez que ocurriera!...

Redwood se echó á reír á carcajadas.

—¡Oh! La realeza superflua — dijo, — la princesita pujante... Tendrán que encerrarla en la to-

rre más alta de algún viejo castillo de Weser Dreiburg, é ir abriendo los techos de los pisos superiores, á medida que vaya creciendo... Pero la verdad es que yo me encuentro en el mismo aprieto... Y Cossar lo mismo... ¡No está mal!

—Va á ser una revolución que ¡ya, ya! — dijo Bensington sin sentir la hilaridad de su compañero. — ¡Una revolución terrible!... Supongo, Redwood, que usted lo habrá pensado y reflexionado bien... ¿No cree usted que sería acertado avisar á Winkles y convencerle de que debe disminuir la dosis del alimento que le da á su hijo de usted? ¿No sería conveniente que nos conformáramos con el triunfo teórico?...

—¡Bah! — exclamó Redwood con acento desesperado. — Yo quisiera que viera usted á mi hijo cuando se retrasa algo la comida... No diría usted ahora lo que dice... Además... ¡alarmar á Winkles en estos momentos sería desastroso!... ¡Qué remedio nos queda! La marea nos ha cogido en alta mar y hay que nadar forzosamente hacia la orilla...

—Sí, es verdad, hay que nadar á la fuerza. Tenemos que nadar nosotros, y su hijo de usted, y los chiquillos de Cossar... ¡Todos, todos!... Ya lo estoy viendo. Y Cossar es de los que no hacen las cosas á medias: todo ó nada. Nada; hay que continuar haciendo heracleoforbia... Al fin y al cabo, aún nos hallamos en los albores del descubri-

miento... y han de seguir grandes novedades, quizás cosas monstruosas que yo ni siquiera puedo imaginarme...

Bensington dejó de contemplarse las uñas de sus dedos para mirar á Redwood por encima de las gafas.

—Hay momentos en que creo que Caterham tiene razón... ¡Esto va á destruir la proporción natural de las cosas, va á ser una verdadera dislocación de las magnitudes!... Pero ¿qué dislocación será esa?

—Dislóguese lo que sea, mi chiquillo necesita el alimento, y lo tendrá — dijo Redwood con decisión.

En esto se hallaban cuando oyeron por la escalera los rápidos pasos de alguien que subía. Cossar entró en la habitación diciendo:

—¡Qué! ¿Hay novedades?

Acto seguido le dijeron lo de la princesita.

—¿Y qué? —exclamó Cossar con voz que pareció el estallido de una bomba. — ¿Y á eso llaman ustedes cuestión difícil? ¡Nada de eso! La princesa crecerá, crecerá como su hijo de usted, Redwood, y como los míos, y como todo el que tome el alimento... ¿Adónde está la dificultad? Todo va á pedir de boca... ¡Eso lo comprende cualquier chiquillo!

Redwood y Bensington trataron de explicarle lo que habían pensado, lo que hablaban en el pre-

ciso momento de llegar el ingeniero; pero no pudo contener su indignación:

—¡Cómo! — gritó. — ¿Renunciar á ello? ¿No seguir el camino emprendido? ¡Pero si eso no tiene ya remedio! Y, sobre todo, ¿para qué están ustedes aquí? ¿Para qué está Winkles? Muchas veces he pensado para qué servía Winkles. Ahora ya lo sé: ¡es indiscutible, sí, es indiscutible! para administrar el alimento de ustedes... ¿Que hay trastornos? ¡Que los haya! ¡Que se trastorne el universo entero! ¿Y qué? Si está más claro que el agua... ¿Que el gobierno trata de atajarlo? Llegará tarde, como siempre: el Gobierno llega siempre tarde... Ustedes adelante, siempre adelante: ¡para algo habían de servir en este mundo!

—Pero ¿y el conflicto que esto supone? — objetó Bensington. — Yo no sé, amigo Cossar, si usted lo ha pensado bien...

—Vamos, Bensington — estalló Cossar, — usted ha debido nacer planta: una legumbre bien cuidada, y muy metida en su vaina... ¡A un hombre como usted, hecho para causar la admiración y el temor de la humanidad entera, no se le ocurre más que estar arrellanado en su sillón, regalándose á cuerpo de rey!... Pero ¿se ha figurado usted que está el mundo para que usted haga esa vida de vieja dormilona? Ya no hay remedio: es preciso seguir hasta el fin.

—Eso es lo que digo yo también — observó

Redwood. — Seguir hasta el fin, pero despacio, muy despacio...

—¡Cómo despacio! De prisa, muy de prisa... ¡Que cunda, que se esparza por todo el mundo!...

Y luego añadió, describiendo una especialísima curva en el aire, parodiando los movimientos de Redwood, y dirigiéndose á éste:

—¡Así, Redwood, así!...